

Recordar, compartir, aprender

Castellón

Helia González Beltrán, 72

Javier Zaldívar Robles, 30

ESCAPADA

Nació con la sensación de molestar. Madre primeriza, matrona inexperta, suegra y tía con pocos candiles para saber ayudar. “Toma un poco de coñac”. ¡Pobre madre! se desangraba y casi se emborrachan las dos al cabo del tercer trago.

“Mamá no quería que yo naciera en viernes, lo hacía todo para acelerar el parto. Los nacidos en viernes son unos desgraciados”.

Todos los brujos debieron acordar que Helia naciera en viernes, estrenando madrugada. Eligió su momento aunque supusiera desobediencia a su madre. Es lo que debió sentir al nacer, por eso creció pensando que estorbaba, que no hacía nada bien.

“Me esforzaba, estate seguro”.

Se volcó en sus padres y hermanos. Más tarde en sus compañeros. Quería ser una niña buena dispuesta a ayudar y a servir. “De nada me valía, mamá me decía: tontorrón, si te irán llamando para cargarte con lo peor. Yo no entendía nada. Estaba tan amordazada por la sociedad y por mis propios fracasos que no sabía qué hacer y menos aún cómo cambiar”.

Así empieza Helia a narrarme su intensa y dilatada vida, impresionante por la sensatez y seguridad, con la ternura que me transmite alegrías, muchas, tristezas también: Vida para vivirla...

“Dando tumbos y recibiendo más desengaños de los que podía entender, un día decidí liberarme de mis cargas. Que ya estaba bien ¡vaya! Que ahora yo haría lo que me diera la gana y si me decían que era mala, pues mejor”. Quería desquitarse de las etiquetas impuestas. Tenía ya el pelo canoso aunque todavía faltaban diez años para la jubilación. Se le ocurrió comprarse sombreros, faldas largas casi por el tobillo, blusas de colores vistosos y sandalias de las que se atan con cordones. Aprovechó unos días de permiso y así ataviada y con unas grandes gafas de sol que le cubrían bien los ojos salió de viaje sola.

“Me costó mucho decidir adonde. No muy lejos. A un hotel a la orilla del mar”.

Estaban las gentes de nuestra tierra acostumbradas a ver tipos raros, turistas. Ella quería romper normas, cuanto más mejor, así creía ella liberarse.

Sus hijos sólo le pidieron que les diera noticias suyas.

“Armada de muchas ganas de divertirme y con mi nuevo vestuario me presenté con gran desparpajo en el hotel. Me acomodé y bajé a recorrer los lugares. Respiraba hondo y sonreía a todos”.

Los clientes del hotel en esa estación pre-veraniega, eran casi todos extranjeros, casi todos matrimonios. Hablo idiomas ¿sabes? pero verdaderamente dudaba entre meterme en los grupos ó dedicarme a mi soledad. Pensé mejor hacer relaciones. Empecé a entrar en los círculos de clientes. No sé si me veían muy rara, entiéndase hippie, las señoras no querían arriesgarse a una relación conmigo”.

No era consciente de su atractivo. A los dos días estaba rodeada de señores con conversaciones muy divertidas, sobre España, sus costumbres, su gastronomía... Se sentía cómoda, podía expresar libremente opiniones no forzadas por su círculo habitual. Uno de ellos propuso asistir a un espectáculo. Varias parejas se apuntaron al proyecto. ¡Qué bien! Se puso bien guapa..

Cuando acudió a la cita no estaban todos: Una, estaba indispueta. Otros tenían que llamar a su país, otros esperaban una visita inoportuna...

“Ante la situación decidimos salir los dos ¡Que interesante! Rompería con tabúes y restricciones. Fuimos primero a cenar, tapas por supuesto; después, a una sala de fiestas para el espectáculo. Mi acompañante empezó a mostrarse “muy atento”, pero correcto; nada que temer, pensé yo.

En la sala el espectáculo estaba a punto de empezar cuando llegamos. No había mucho público. Alguna pareja y mesitas dispuestas como para la intimidad. No me gustó el espectáculo. Eran travestis, muy finos, elegantes, pero siempre los mismos: cuatro actores-bailarines-equilibristas. Parecían multiplicarse. Al poco



el show perdió todo interés para mí. La penumbra permitía ver el ambiente. Las mesas, ocupadas por algún chico “solitario” guapísimo, otras por señoritas elegantísimas también solas. Ambiente acogedor. Camarero estirado. Para mí, algo agobiante.

Mi acompañante, cada vez más “atento” conmigo. Me rodeo los hombros con su brazo. Bueno, no tiene mucha importancia, me dije. Al ratito preguntó si me gustaba el espectáculo. Para hablar bajito y no molestar se acercó mucho y me habló al oído. Estaría cómodo, supongo, ya no se apartó. Empezó a rozarme la mejilla con sus labios y en seguida puso su mano en mi rodilla. Mi corazón iba a mil por hora. Me aparté un poco, para no ser demasiado brusca. El señor estaba como para mojar pan; pero pobre de mí. La cosa iba traspasando los límites que yo me había fijado. Sentí pánico. Sí eso era, pánico. Te equivocas, -le corté- para eso tienes señoritas muy guapas en la sala. Me levanté bruscamente. El tenía que pagar, aproveché el momento para salir corriendo. Corriendo fui hacia el hotel, evitando las calles directas, recibiendo el chaparrón que parecía encargado por un director de escena para el caso. Ambiente solitario, poco iluminado, con los reflejos de la luz en las calles mojadas, por esos lugares poco transitados, ponía el tono de película de miedo a mi aventura”.

Yo sonreí. Imaginé a Helia corriendo como un conejo escapado del errado disparo de un cazador, con el miedo acumulado en sus piernas

“Llegué al hotel chorreando, pedí la llave. Subí a mi habitación. Todavía jadeando llamé a casa y conté mi aventura. ¡Qué inexperta, ignorante y ridícula! Cuanto me había influido la mala educación, la sociedad, qué poco sabía de la vida, qué indefensa me sentí. Tenía que aprender a usar los símbolos y no aparentar lo que no era. ¿Sabes? Me enteré después. Las demás personas habían renunciado a venir por instancia de mi acompañante. ¿Me entiendes verdad, Javi?”

Claro que sí. Las personas somos como somos, influye nuestra formación y educación. A ti Helia, al nacer te tocó ser como eres. No eras ridícula, eres buena. Gracias nueva amiga, gracias por tu historia.

LO IMPORTANTE DE LA VIDA

¿Qué merece la pena de la vida? Esa fue mi pregunta a mi amiga Helia,

Ufff... (resopla), pues muchas cosas. Cómo resumirlo de la mejor forma, qué es lo que vale la pena de la vida. Pues podría empezar por una palabra: vivirla. Vivir el día a día. Disfrutar desde que uno se levanta, puede ponerse en pie y dirigirse a la ventana y abrirla para dejar entrar los primeros rayos del sol, y poder verlos. Llevar una vida normal en el sentido que la mayoría la disfrutamos, porque gozamos de buena salud: tenemos dos piernas que nos permiten ir a donde queramos, incluso para dirigirnos al aseo a hacer nuestras “íntimas necesidades” (sin requerir ayuda de nadie para sentarnos en la taza del wáter), dos brazos que nos permiten coger un simple vaso de agua (sin tener que pedir a nadie que nos lo alcance), dos ojos que nos permiten percibir visualmente esos rayos de sol, un paisaje precioso o una sonrisa de un ser querido... unos oídos que nos permiten escuchar las palabras que nos dedican las personas con las que convivimos en este día a día como un simple “te quiero” o “te echo de menos” (sin necesidad que nos tengan que realizar señas para transmitarnos esa información), en fin, poder llevar una vida “normal”, pues desgraciadamente, hay muchas personas que no pueden llevar esa “simple vida normal”, bien sea por una agresión sufrida por el “desgraciado” maltratador” y ex pareja, bien sea por un accidente de tráfico sufrido en el último desplazamiento, que nunca hubiera ocurrido si el conductor de turno, no hubiera ido borracho hasta atropellar al pobre peatón que el único pecado que había cometido esa mañana era, cruzar por un paso de peatones... así que, sobre qué vale la pena de la vida... como te decía Javi, ¡vivirla!.